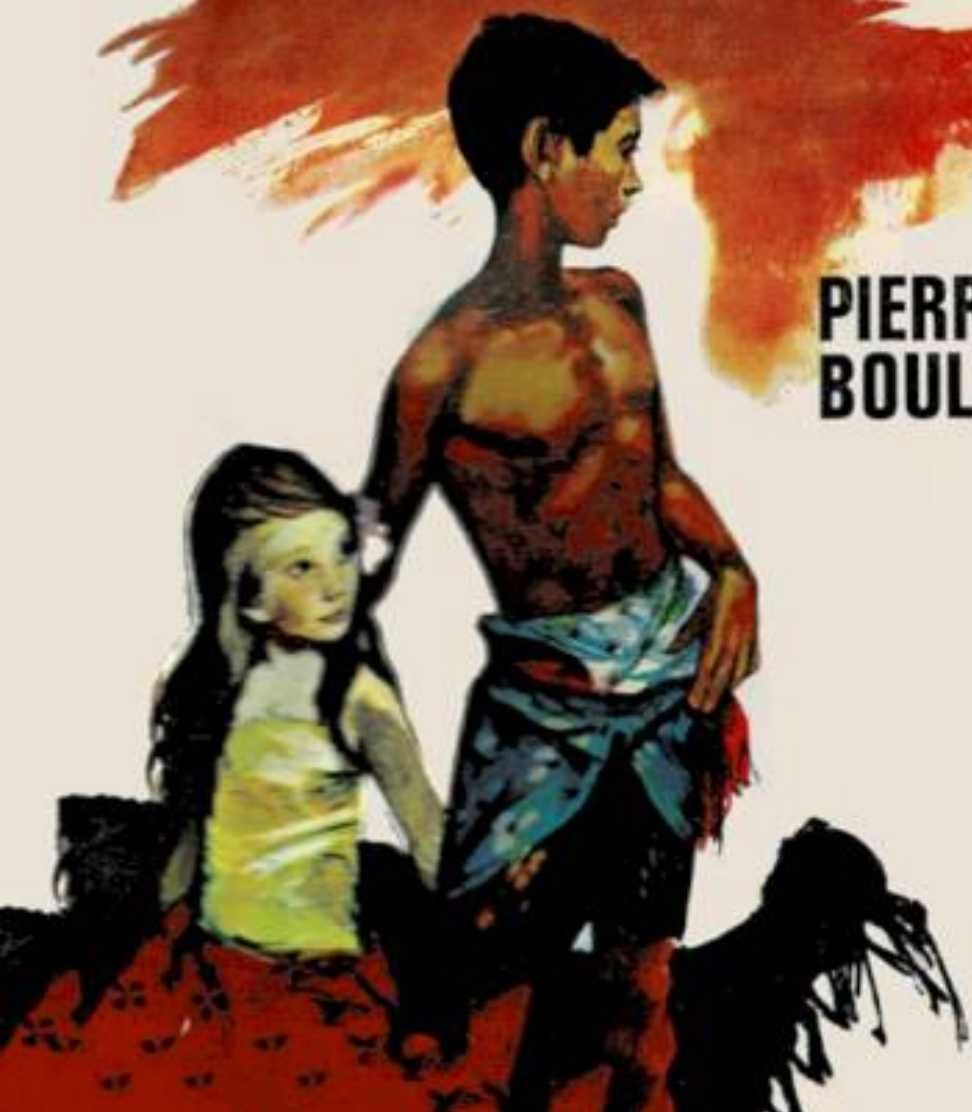


la prueba de los hombres blancos

**PIERRE
BOULLE**



En un islote del archipiélago malayo, una niña europea, Marie-Helen, escapa por milagro a la matanza de los invasores japoneses. Recogida por unos pescadores nativos, crece entre ellos y se adapta perfectamente a su mundo, olvidando sus prejuicios de mujer blanca.

Terminada la guerra, contrae matrimonio con el que había sido su compañero de juegos. Pero los hombres blancos llegan y la arrancan de su hogar, haciéndola volver a Francia, donde ha de enfrentarse con insuperables obstáculos.

El asunto, al parecer inspirado en un hecho real, está desarrollado con innegable maestría por el celebrado autor de *El puente sobre el río Kwai*.

PRIMERA PARTE

I

Eran las cuatro de la tarde, en la isla de Sinang, en los trópicos, cuando Saat salió de su torpor. Hacía un año había adquirido la costumbre de prolongar su siesta, exactamente desde que su mujer le dio el quinto hijo, lo que otorgó a la familia una dignidad definitiva, cosa que imponía a su jefe actitudes majestuosas y horas de meditación.

Moktuy, el mayor de los hijos de Saat, tenía ya quince años. Ayudado por su Segundo hermano, se dedicaba a tripular la barca de pesca, y sabía echar las redes con mucha más habilidad que cualquier malayo del *kampung*. El pescado y los animales que cogían con trampas aseguraban la subsistencia de la familia. Otros dos muchachos trepaban periódicamente a los cocoteros que Saat había plantado en una época en que él se preocupaba del porvenir. Los muchachos despedazaban los cocos y hacían secar la copra, que se amontonaba en una cabaña. De cuando en cuando, Moktuy cargaba los sacos en la barca e iba a venderlos al puerto de Sumatra. La costa de la gran isla se encontraba a algunas millas de Sinang y se extendía hasta el horizonte como un gigantesco cetáceo que protegiera a su ballenato. La copra proporcionaba a la familia lo superfluo. La familia Saat gozaba de prosperidad. La mujer de Saat repartía las horas entre su último hijo nacido y el jardín, que era el mejor abastecido de todo el *kampung*. A veces, por la tarde, ayudaba a Moktuy a coser las redes, vigilando a los niños con mirada inquieta, y reprimía sus juegos con un ademán

autoritario cuando se hacían demasiado ruidosos y amenazaban con perturbar el reposo de su marido.

Al bastarse la familia para atender a sus necesidades, Saat dio por terminado el período activo de su vida. Se había convertido en el malayo más importante del *kampong*. Hubiera sido el jefe de éste si hubiese necesitado un jefe; pero, desde hacía generaciones, la calma y la paz reinaban en la isla de Sinang. La simplicidad de los medios de existencia no necesitaba ni autoridad ni esfuerzo alguno de organización. Los pescadores no recibían directrices más que del monzón del mar.

Mientras que la mayor parte de las otras familias vivían en cabañas de bambú, los Saat habitaban en un *bungalow* hecho de madera de la jungla y apoyado sobre estacas. Saat descansaba entre estos pilares, acariciado por la fresca brisa marina.

Aquel día su siesta fue mucho menos apacible que de costumbre. Había tenido un sueño. De pronto se despertó e inmediatamente tomó asiento en su lecho, en vez de permanecer tendido reflexionando, los ojos abiertos de par en par, como solía hacerlo de ordinario. Luego aguzó el oído, volviendo el rostro hacia el mar. Su mujer, que estaba haciendo té entre dos piedras, levantó la cabeza.

—Los aparatos japoneses —dijo.

Levantó el brazo para señalar un punto en el cielo. El ruido de los motores había interrumpido el sueño del dormido. Saat se encogió de hombros, sin cambiar de posición. El *bungalow* le ocultaba un grupo de aviones que se dirigían hacia Sumatra.

—Eso no nos importa —masculló—. Pasan por encima de Sinang sin hacernos el menor daño. No odian más que a los hombres blancos. Van a bombardear sus grandes ciudades y sus barcos.

Los aviones, en efecto, continuaron su ruta y se alejaron, bordeando a gran altura la costa de Sumatra. La mujer se había inclinado de nuevo sobre el fuego. El sol inscribía un

disco azafranado en los duros contornos de la bruma que envolvía desde hacía días el cielo de las islas. La dilución en el espacio del caucho inglés quemado en Singapur se había unido a la de los depósitos de petróleo holandés incendiado en las islas.

El vapor castaño se había mezclado al humo negro. Los residuos amalgamados de las libras y de los guilders formaban una atmósfera extraña, de una consistencia y de un color excepcionales que transformaban los campos de visión familiares a Saat en horizontes misteriosos.

Saat permaneció largo tiempo inmóvil, fijos los ojos en el tenue sol, el oído alerta, como si esperase una señal. Pronto se oyeron sordas detonaciones, como un insólito rugido del mar propagado por las olas, que despertaron una resonancia en las playas. Ella levantó la cabeza.

—Lo que yo dije —afirmó el malayo—. Están bombardeando los barcos en los cuales los hombres blancos tratan de huir.

—Han desembarcado en Sumatra —afirmó ella—. Se han apoderado de casi todas las grandes ciudades. Pronto vendrán a Sinang.

—Quizá vengan, pero no nos harán ningún daño. Han divulgado por todas partes que son amigos de los malayos.

—Cuentan que han prendido fuego a un *kampong*.

—Porque los pescadores no obedecieron las órdenes que ellos lanzaron desde el cielo. Concedieron asilo a los blancos. Los japoneses los han castigado. Son los más fuertes.

La mujer volvió la cabeza con inquietud hacia las colinas.

—¿Qué les sucede a los blancos allá arriba?

Su marido abandonó la calma y exclamó con súbita irritación:

—¡No lo sé, y nadie los ayudará! He prohibido a Moktuy que les venda pescado. Ya están advertidos. Si vienen aquí, los haremos prisioneros y los entregaremos a los japoneses.

Su guerra no es la guerra de los malayos. Que permanezcan en su plantación, y nosotros no nos meteremos con ellos.

—Me gustaría más que no estuvieran aquí —repuso la mujer.

Saat respondió con un gruñido de mal humor, dando a entender que también a él le preocupaba la vecindad de los blancos. El jefe de la familia se puso a contemplar las colinas, por encima del bosque de palmeras *attaps* que bordeaban el *kampong*. Allá abajo, a dos o tres millas de la costa, se encontraba la plantación de los blancos, adentrada en la jungla: una pequeña plantación de heveas, en la cual vivían unos cuantos europeos.

Los dos grupos humanos que componían la población de Sinang no mantenían prácticamente ninguna relación. A veces un *boy* descendía al *kampong* para comprar pescado y frutos. Siempre era el mismo, un malayo de Java, que lucía una cruz cristiana sobre el pecho como testimonio de su conversión. Los pescadores desconfiaban de él. El muchacho no hablaba nada de sus amos y ellos no le hacían preguntas. Saat no sentía la menor curiosidad por la gente de las colinas. Sabía que allí había un director inglés, casado con una francesa, y uno o dos ayudantes que eran cambiados con frecuencia. Tenían un barco. Su embarcadero, situado en el otro lado de la isla, daba frente a Sumatra. Algunos pequeños barcos atracaban en el embarcadero para cargar las balas de caucho. Una carretera, atendida por los *coolies* de la plantación, unía ésta con el muelle de los hombres blancos, en tanto que la única vía de comunicación con el *kampong* era un sendero a través de la jungla. Los malayos casi nunca iban al otro lado de Sinang. Saat, sin embargo, no detestaba a los blancos. Les estaba agradecido por haber dejado siempre en paz a los pescadores y

no haber tratado jamás de hacerles trabajar para ellos. Sus *coolies* eran chinos o javaneses.

Sin embargo, hacía escasos días, Saat había recibido la visita del director, al que sólo había visto una o dos veces en el curso del último año. Apareció acompañado por un joven, uno de sus ayudantes, un holandés probablemente... Pese a su poca experiencia del mundo blanco, Saat percibía diferencias en su manera de hablar el malayo. Habían seguido el sendero de la jungla y atravesado el bosque de *attaps* que servía de cinturón al *kampong*, dirigiéndose en línea recta al *bungalow* de Saat.

El director le puso al corriente de su inquietud y le pidió ayuda. Los plantadores de Sinang habían tratado de huir. Los *coolies* habían desertado llevándose el barco y ganado la costa de Sumatra en un champán. Era demasiado tarde. Los japoneses habían desembarcado ya en Sumatra. Las vías de comunicación estaban cortadas y no se habían podido procurar ninguna embarcación que les permitiera hacer un largo viaje. Después de haber solicitado en vano la ayuda de los indígenas, tuvieron que regresar a la isla de Sinang, a la plantación, buscando instintivamente refugio en su morada habitual. Ahora se encontraban allí, prisioneros, aislados del mundo, entregados a ellos mismos, pues los *boys* habían desertado lo mismo que los *coolies*. Saat se había sentido emocionado ante la expresión de angustia de sus ojos.

El inglés había observado otras veces el barco de Saat. Se trataba de una gran barca a motor, más sólida que las embarcaciones corrientes de los pescadores, y con la cual Moktuy se aventuraba a menudo muy lejos. El inglés había ido a suplicar al malayo que le admitiera a bordo, él mismo o uno de sus hijos, y que le ayudara a huir. Los japoneses no ocupaban aún ciertos puntos de la costa. Podrían pasar inadvertidos y arribar a Java. Traía una fuerte suma de dinero, poco más o menos todo lo que tenía disponible, y prometió el doble más tarde.

En cuanto comprendió lo que le pedían, Saat se negó a seguir escuchando. Llamó a todos los pescadores y rechazó a los hombres blancos fuera del *kampong*, más allá del bosque de *attaps*, hasta el comienzo del sendero. Mostró el arroyo que separaba la selva del palmar. Siguiendo sus instrucciones, los pescadores habían retirado la plancha que servía de pasarela, y declaró que no respondía de la vida de los blancos si eran encontrados en el interior de aquella frontera.

El director trató de discutir, pero Saat concluyó el debate declarando que los japoneses cortaban la cabeza a los indígenas que ayudaban a los blancos. Era un argumento al cual no se podía dar una respuesta sensata. El inglés se enfureció e insultó a los malayos en su idioma, pero se mantuvo al otro lado del arroyo. Saat y los pescadores se habían retirado. Los dos plantadores subieron la colina. Después de aquel día, ningún habitante del *kampong* había vuelto a verlos.

II

—Tal vez hayan conseguido huir —dijo la mujer de Saat, siempre inquieta, mirando de nuevo las colinas, allí donde la plantación formaba una mancha verde en medio de la jungla.

Saat movió la cabeza y tendió el dedo hacia un techo rojo que sobrepasaba a las heveas. Un hilo de humo ascendía hacia el cielo, que pronto era absorbido por la bruma.

—¿Cómo se las arreglan para cocinar? —preguntó el tercer hijo de la familia, que estaba jugando sobre la arena—. Hace ya mucho tiempo que los criados se marcharon.

—La esposa del director debe de cocinar por sí misma. Eso les sucede a veces a las *mams* blancas. Ismail las ha visto cuando trabajaba en Singapur.

—Hassan me dijo que la *mam* blanca hace tiempo que no se encuentra aquí. Estaba enferma y regresó a su país para reponerse.

Hassan era el *boy* javanés cristiano que iba a hacer compras en el *kampong*. Los pescadores le mantenían apartado, pero él hablaba a veces con los niños.

—Entonces, si no hay *mam*, debe de ser uno de los hombres el que cocina. De un modo u otro hay que comer.

El niño pareció meditar la respuesta. Luego tornó a sus juegos.

—No me gusta nada que Muktuy y Ngah se encuentren en el mar en este momento —dijo *ma* Saat—. Los aparatos japoneses han estado cruzando el cielo todo el día.

—Hay que comer —repitió Saat—, y los japoneses no persiguen a los barcos malayos.

—Se pueden equivocar.

—No han ido muy lejos y les hice prometer que regresarían a la más ligera alarma. Moktuy es hábil y Ngah es prudente.

Saat se puso en pie y se alejó un poco del *bungalow* para mejor ver el cielo. Permaneció largo tiempo contemplando el sol poniente, husmeando la bruma sobrenatural con un inquieto asombro. Pero fue arrancado de su ensoñación por la vista de una embarcación que acababa de doblar la punta norte de la isla y se dirigía hacia el *kampong*. Era su propio barco. Moktuy y su hermano regresaban. Saat se sintió perplejo, pues sus hijos debían permanecer en el mar parte de la noche.

La barca se acercaba rápidamente. Saat distinguió el montón de redes intactas. No habían tenido tiempo de echarlas. En la proa, Moktuy gesticulaba y parecía poseído por una viva excitación. No se oía aún el sonido de su voz, pero su doblado brazo parecía indicar con insistencia que un acontecimiento insólito se había producido al otro lado de la isla. Saat se sintió inquieto. Tuvo que recordar su posición en el *kampong* para conservar una actitud impassible.

—¡Los japoneses! —gritaba Moktuy—. ¡Vienen a Sinang! ¡Han atracado allá abajo!

Todo el *kampong* salió de su torpor. Una multitud formada por hombres, mujeres y niños vestidos con *sarongs* esperaban al barco en la caleta que servía de puerto. Moktuy estaba tan emocionado, que se arrojó al agua, abandonando la embarcación a su hermano más joven, y se precipitó hacia la playa nadando y corriendo. Llegó a ella sin aliento, y repitió, jadeando:

—¡Los japoneses! ¡Un barco con cañones! Han venido de Sumatra. Yo los he visto. Han arrojado el ancla en el puerto de los hombres blancos.

La agitación de Muktuy se transmitió a los habitantes del *kampong*. Hombres y mujeres hablaban todos a la vez. Los niños murmuraban entre ellos. Saat hizo un ademán reclamando silencio.

—Esto tenía que ocurrir un día u otro —dijo—. Van a ocupar la plantación y los *bungalows* de las colinas. Pero eso no nos interesa a nosotros en absoluto.

Pero Muktuy no consiguió calmarse y continuó describiendo el espectáculo que le había producido aquel frenesí.

—Los he visto como os veo a vosotros ahora. El barco ha lanzado el ancla a la entrada del puerto, en el mismo lugar donde se detenían los mercantes. Dos champanes cargados de soldados con fusiles se han separado del barco. Luego han saltado al muelle y los soldados se han escondido entre los árboles, en dos filas, a cada lado de la carretera. Seguramente, *pa*, seguramente, esta noche subirán a las casas de los hombres blancos.

—Eso no nos importa —repitió Saat con acento severo—. ¿Por qué has permanecido allí observándolos? Si ellos te hubieran visto...

—No nos podían ver, *pa*. Estábamos cerca de la punta, ocultos entre los arrecifes... Luego he pensado que era mejor renunciar a la pesca y venir a advertiros.

—Has hecho bien. Nadie debe salir esta noche del *kampong*. Los japoneses registrarán probablemente toda la isla. Si vienen aquí, los recibiremos amistosamente. Nosotros hemos respetado sus consignas. No nos harán ningún daño.

Luego dio orden a sus hijos para que el barco fuera arrastrado hasta la playa y vaciado de todo su material. Todos los pescadores se apresuraron a ayudarlos. Estaban impresionados por la calma del padre Saat y ahora esperaban sus instrucciones. Saat les aconsejó que reunieran su familia, que prepararan frutos para ofrecérselos a los japoneses y que regresaran a sus cabañas.

—Les hablaré —dijo—. Les diré que hemos respetado sus consignas y que no hemos dado asilo a ningún blanco. Nos dejarán en paz.

Los pescadores siguieron estos sabios consejos. La playa no tardó en quedar desierta, y el *kampong* se sumió en un silencio apenas turbado por algunos gritos infantiles, pronto acallados.

La familia Saat se retiró al interior de su *bungalow*. Tan sólo el dueño de la casa tomó asiento en la veranda que daba frente a las colinas. La oscuridad le sorprendió allí inmóvil, con los ojos vueltos hacia la jungla sombría, inquieto por su responsabilidad. Ni siquiera se movió cuando su hijo mayor se reunió con él y se dejó caer a su lado.

—*Pa* —dijo Moktuy al cabo de un momento—, los japoneses son crueles con los blancos. Matan a todos los que encuentran.

—Nosotros no podemos hacer nada —repuso Saat—. Son los más fuertes, y eso no nos interesa a nosotros.

Saat, como todas las autoridades, creía en la virtud de las afirmaciones repetidas una y otra vez.

Apenas acababa de hablar, cuando una descarga de fusilería retumbó en las colinas. Su cuerpo se tornó aún más rígido, y permaneció mudo. En el interior del *bungalow*, el recién nacido se echó a llorar y *ma Saat* le apretó contra ella. Los ojos de Moktuy se dilataron en la sombra como los de un gato.

III

Sonaron tres ráfagas, seguidas por clamores y órdenes dadas con voz ronca. Las cabañas del *kampong* permanecieron cerradas. La única reacción fue una ola de cuchicheos, que se prolongó en la noche durante algunos minutos y luego se extinguió.

Saat no se movió. Se obstinaba en considerar los acontecimientos que tenían lugar al otro lado del arroyo como si no tuvieran la menor relación con el universo malayo, y su intransigencia le inspiraba un resignado coraje. Permaneció del mismo modo durante una media hora, espionando algunos ruidos aislados que venían de la plantación, sintiendo sobre él la mirada de su hijo. De cuando en cuando, la llama de una antorcha brillaba entre los árboles, en la cima de las colinas.

—Todavía andan buscando —dijo Moktuy en voz baja—. Tal vez haya escapado uno de los hombres blancos.

Como dándole la razón, un ruido insólito se produjo en aquel momento en el arroyo que bordeaba la jungla. El experto oído de los malayos no se engaña jamás. Un animal hubiera atravesado el agua produciendo un chapoteo apenas perceptible. Tan sólo un ser humano enloquecido por el miedo podía chapotear durante la noche con tan poca discreción. Tal vez en su precipitación, hubiera continuado su carrera sin ver el curso del agua.

Era esto precisamente. Con el oído alerta, Saat y su hijo reconstruían todos los movimientos. El que fuera había lle-

gado de un tirón, a impulsos de su carrera, hasta la mitad del arroyo, ancho, pero poco profundo. Luego debía de haber tropezado y caído en el agua, produciendo un gran ruido. Ahora se enderezaba y alcanzaba penosamente el ribazo del *kampong*. Aquí se detuvo e hizo una larga pausa. Padre e hijo creyeron oír un gemido.

—Un hombre solo —dijo Moktuy—. Es uno de los blancos.

Saat se puso en pie. Su hijo tenía, sin duda, razón. Uno de los plantadores había escapado a la matanza y buscaba refugio en el *kampong*. Y reanudaba su carrera. Oyeron el ruido de las ramas y el roce de las palmas.

—¡No hay derecho! —masculló Saat.

Entró en el *bungalow*, del que salió a poco con una gran lámpara que colgó de una viga de la veranda. El círculo luminoso se extendió hasta las *attaps*. Saat cogió la primera arma que le cayó en las manos: un largo arpón que servía para la pesca nocturna. *Ma* Saat apareció en la terraza, cerca de Moktuy, y contempló a su marido con expresión de ansiedad.

—¿Qué vas a hacer?

—¡No hay derecho! —repitió Saat—. Si encuentran a un hombre blanco entre nosotros, todos seremos asesinados. Los previne. Tanto peor para el que sea.

En las cabañas que daban frente al bosque, los hombres habían imitado por instinto la conducta de Saat. Toda la linde del bosque estaba iluminada por lámparas, faroles y antorchas. Armados con bieldos, cuchillos y bastones, los pescadores se mantenían prestos a rechazar al peligroso intruso. Las palabras de Saat habían sido dictadas por la prudencia. Ellos lo sabían perfectamente y obedecían una ley evidente. La existencia del *kampong* estaba amenazada.

Los chasquidos se hicieron más claros. Pronto oyeron el martilleo precipitado de los pies sobre la tierra húmeda del monte bajo. El enemigo avanzaba en dirección al *bungalow*. El instinto le orientaba hacia la luz más brillante, que